



# Cipi y

Gustavo Martínez Zubiria, el eminente escritor argentino Hugo Wast para millones de lectores, vuelve a las páginas de MUNDO HISPÁNICO con un cuento escrito expresamente para nuestra Revista. La ternura, la sorpresa, el humor de más delicada estirpe, se han dado cita en estas cuartillas, donde las maravillosas calidades de narrador del insigne novelista han logrado una obra magistral.

EN aquellos tiempos se enseñaba latín en los colegios nacionales argentinos: dos horas por semana, en tercero y cuarto año, lo suficiente para no aprender nada.

Todavía ese poquito pareció demasiado a un ministro de Instrucción Pública, el doctor Joaquín González, eminente como experto en Derecho, pero no en Latín, que no le era simpático por ser la lengua oficial de «los curas». Como liberal de alto coturno, «las tenía» con los curas y suprimió el latín para cortarles la lengua.

La cultura nacional recibió una cuchillada de la que todavía no se ha repuesto.

Cursaba yo el primer año de latín, internado en un colegio de «curas» precisamente, es decir, en un colegio de religiosos.

Entre mis compañeros de clase había uno—mi pobre Martín Valleumbroso—, venido de cierta provincia del norte argentino, en cuyas lejanías, no muy visitadas, se hablaba más el idioma de los incas, el dulce quichua, que el de Cervantes. En la campaña existían paisanos, especialmente mujeres, que por no haber vivido nunca en poblaciones no entendían gota de castellano.

Morenito, esmirriado, pobremente vestido, muy bien educado y asaz tímido, desde el primer día me cayó en gracia, tal vez por su apellido romántico, que parecía invención de algún hidalgo de tiempos antiguos que quiso disimular el verdadero: ¡Valleumbroso! Nunca lo había oído y nunca oí que nadie más que él, mi modesto compañero de fila, tuviera ese nombre, digno de un duque, grande de España. También yo le caí en gracia al pobre Martín y no comprendo por qué, pues aun queriéndole mucho, le hice bastantes perrerías.

En la sala de estudios su pupitre quedaba detrás del mío, y cuando preparaba sus lecciones o hacía sus deberes, a cada rato estiraba el pescuezo y me consultaba al oído:

—¡Che!, Cobunco (yo entonces me llamaba Cobunco)..., ¿«concesión» se escribe con ce?

—Sí—le contestaba yo con aplomo, aunque nunca muy seguro en esos vericuetos del diccionario.

—¿Y no tiene una hache por el medio?

—Creo que sí.

—¿Y dónde se la pongo?

—En cualquier parte. Como la hache no suena, uno es libre de ponerla entreverada, en el medio o en la punta.

—¿Y no hay también una pe?

—Sí, pero eso es solamente en los ochos de diciembre, el día de la Inmaculada. En otro tiempo no se usa.

Valleumbroso admiraba mi erudición, seguía mis indicaciones y ¡así salían sus deberes!

Un día, en clase de latín, el padre Transtevere, nuestro insigne profesor, nos dió para traducir la mitad del capítulo IX del sagrado libro *Hechos de los Apóstoles*.

Se refiere allí, según todos sabemos—o deberíamos saber—, que Saulo, el que después se llamó Pablo, el inmenso San Pablo, era un feroz perseguidor de «los curas», diríamos ahora, o de los discípulos de Cristo, como decían entonces, y en su diabólica furia no soñaba sino con perseguirlos y matarlos.

Un día, respirando odio «anticlerical», fuese al jefe de la sinagoga y le pidió cartas de presentación para las comunidades judías de Damasco a fin de buscar allí a los cristianos que pudiese haber con el propósito de traerlos presos a Jerusalén para que los condenaran.

Mi pobre Martín se entregó a la tarea, todo

# Chikayá

Por HUGO WAST

congestionado, porque una traducción para él, que no tenía diccionario, era un trabajo de Hércules.

Yo lo sentía rebullirse en su asiento y esperaba la consabida consulta; pero me puse a aprender una lección de Geometría y me distraje.

Mi pobre Martín se encontró con este texto bravo: «Saulus accessit ad principem sacerdotum...»

—¿Qué quiere decir?—me preguntó por lo bajo. Y yo le contesté con toda claridad:

—Saulo se presentó al príncipe de los sacerdotes...»

Valleumbroso garrapateó lo que le había dictado y yo volví a olvidarme de él.

Estaba en lo mejor del teorema del cuadrado de la hipotenusa, que dicen los geómetras que es igual a la suma de los dos catetos, cuando la tímida voz de mi pobre Martín volvió a interrumpirme:

—¿Qué significa «et petivit ab eo epistolas in Damascum ay synagogas»?

Yo le contesté desabridamente:

—Le pidió dos pistolas de Damasco para ir a la sinagoga...» Está bien claro.

—Epistolas, pistolas, sí está claro—me respondió—; pero ¿para qué necesitaba Saulo esas pistolas?

—Para matar a los judíos de la sinagoga probablemente.

—¿Pero no nos ha dicho el padre Transtevere que Saulo, antes de su conversión, no era enemigo de los judíos, sino de los cristianos?

—¡Ah!—tartamudeé yo, sorprendido en error y ansioso de volver a mi hipotenusa—, Tienes razón, Martín. Sin duda quería las pistolas para no ir desarmado en el viaje. El camino de Damasco era muy peligroso.

—Eso sí lo entiendo—respondió dulcemente mi pobre Martín, que prosiguió su traducción como Dios le ayudó, que esa vez, me consta, le ayudó muy poco.

Tres días después teníamos nueva clase de Latín. El padre Transtevere apareció en su cátedra con un montón de papeles; eran las composiciones, y nos habló así:

—Generalmente, les leo la mejor composición que ha hecho alguno de ustedes para enseñanza y como estímulo a su autor. Hoy voy a leerles la peor.

¡Santo Dios! La peor era la de mi duque de Valleumbroso; pero el padre no alcanzó a leerla toda; no pudo pasar de las pistolas; tal fue la risa y la algazara que promovió la versión de mi pobre Martín.

El desventurado nos miraba azorado, sin comprender, al principio, por qué nos reíamos, y al final, cuando las carcajadas y el alborozo empezaron a decrecer, se le hizo la luz en la mollera y se puso él también a reír con tantas ganas y de tan buen talante, que comprendimos que ser apacible y sin hiel era mejor que saber latín.

—Eso te ha pasado—le dije a manera de consuelo—porque no tienes diccionario. Otra vez te prestaré el mío.

Esa «otra vez» no tardó en presentarse y mi diccionario, en vez de salvarle, le perdió.

Vamos a ver cómo.

Era Valleumbroso muy aficionado al idioma quichua y poco a poco se iba haciendo un vocabulario, que a veces me permitía hojear, sin duda para mostrarme no ser tan negado como lo creíamos, juzgándole por algunas simplezas suyas.

Efectivamente, aquel trabajo me asombró. Había allí centenares y centenares de palabras cuyo sentido los más petulantes de nosotros ni siquiera vislumbrábamos.

—¿Y tú sabes todas estas palabras?

—¡Ya lo creo!—me contestó—. Y con ellas y muchas otras más, que poco a poco iré agregando, hablamos en mi casa y hablan todos los lugareños de allá.

Tomó su manuscrito, que era ya una copiosa libreta, y la guardó como un tesoro y me dijo en quichua alguna cosa que por la dulzura de la voz debió de ser amable, pero se negó a traducírmela.

Llegó, pues, el caso de hacer otra traducción, un poco más difícil, de no recuerdo qué autor antiguo, que contaba la guerra del rey de Judá con Senaquerib, rey de los asirios, aquel a quien sus propios hijos asesinaron.

El padre Transtevere nos aseguró que estábamos en condiciones de trabajar muy bien, pues en las últimas semanas habíamos progresado mucho.

Miré a mi pobre Martín y él me miró con sus hermosos ojos de perro. ¿He dicho antes que tenía ojos de perro? Pues sí, unos ojos mansísimos, color canela, luminosos, inteligentes, iguales a los ojos de un perro de San Bernardo compañero de mis vacaciones, que yo pasaba en un lugar a cuarenta leguas de la ciudad. Quizá por tal parecido yo quería tanto a mi pobre Martín.

—Esta vez se va a lucir el duque de Valleumbroso—le dije palmeándolo.

—Si fuera una traducción del quichua, el padre Transtevere quedaría contento de mí. ¡Pero del Latín!...

Se refería en aquel viejo texto que Senaquerib, con 50.000 soldados de infantería, sitió y se apoderó de la ciudad de Samaria.

A tanta distancia como estoy de este recuerdo, ya no sé cómo era el texto latino, pero sí que contenía esta frase: «Quincuaginta milia peditum...»

Martín se encontró con ella y sucedió lo de siempre: estiró el pescuezo y me resopló al oído:

—¿Qué quiere decir quincuaginta?

—¡Cincuenta!

—¿Y milia?

—¡Miles!

—¿Y peditum?

—¡Pero, hombre!—le contesté fastidiado, porque en ese momento me hallaba luchando a brazo partido con el famoso binomio de Newton.

—¡Toma el diccionario y averigüalo tú mismo!

Le pasé mi propio diccionario y me zambullí en la batahola del binomio sin acordarme de que el latín es traicionero a causa de que una misma palabra se deforma según sea el caso en que se declina, nominativo, genitivo, dativo, etc., y puede parecer otra cosa y no es así: es el mismo concepto en un caso distinto.

Las declinaciones, que en nuestro mansísimo idioma apenas modifican alguna palabra, a cada paso en latín conducen a verdaderos abismos, como le ocurrió a Martín, que buscó en el diccionario la palabra *peditum*, tal como estaba en el texto que traducía, donde es genitivo plural de *pedes*, soldado de infantería. Senaquerib había sitiado y tomado a Samaria con 50.000 infantes.

Mi pobre Martín halló en mi diccionario una explicación de *peditum* que lo desconcertó.

—¡Cobunco, Cobunco; ayúdame, por favor!

—¿Qué pasa?

—*Peditum* dice el diccionario que significa ventosidad.

—Y bueno, ¿qué?

—Que yo no sé lo que es «eso».

—Tú sabes muy pocas cosas—le respondí con altanería.

—¿Y tú lo sabes? ¡Dímelo!

¡Qué había de saber yo! Pero no me animé a confesarlo y respondí:

—Yo creo que era un fusil de viento que usaban los asirios.

Mi pobre Martín, encandilado una vez más por mi ciencia, escribió en aquellas grandísimas hojas de papel que nos suministraban para nuestros deberes que Senaquerib tomó la ciudad de Samaria con cincuenta mil ventosidades.

La que se armó en la clase de latín cuando el padre Transtevere leyó la versión de Valleumbroso no puede describirse. Mi pobre duque, aterrado de las carcajadas de sus compañeros, me miró con sus ojos dulcísimos de perro de San Bernardo.

Yo he olvidado muchas cosas de mi larga vida, pero esa mirada llena de mansedumbre y de resentimiento no la olvidaré nunca. Todavía me punza cuando pienso en ello.

Mi pobre Martín no prosiguió sus estudios, no por causa del latín, sino porque se murió su padre y él volvió a su provincia norteña a trabajar en la estanzuela que heredó su familia.

El día que nos despedimos, por dejarme un recuerdo, me entregó el diccionario quichua y yo le di el mío latino y ambos juramos que nos escribiríamos y que proseguiríamos estudiando esas dos lenguas muertas. No hicimos ni lo uno ni lo otro.

Pasaron años. Yo me gradué de agrimensor. Un día acepté la mensura de unas tierras que





ningún colega se había animado a medir a 200 leguas de mi ciudad.

—Tierra de indios—me dijo un viejo agrimensor que alguna vez había andado por allí—. Los criollos no hablan más que el quichua.

Me acordé del diccionario de mi duque de Valleumbroso y lo metí en mi valija por si podía serme útil.

¿Saben ustedes, mis lectores, quién me aguardaba en la última estación de aquel larguísimo tren, donde yo tenía que bajar?

Pues Martín de Valleumbroso, envejecido, pero fuerte, barbudo, chaqueta de cuero amarillo, bombachas grises, botas y espuelas.

El Winchester que con desenvoltura llevaba colgado de un hombro parecía formar parte de su persona.

Antes de que yo lo saludara me dió un fortísimo abrazo. Lo reconocí por sus ojos de perro de San Bernardo.

—He sabido que vas a medir los campos del finado don Diego Buteler. Son varias leguas muy escabrosas; tienes tarea para rato. He venido a invitarte a parar en mi casa porque no hallarás aquí albergues de ninguna clase. Esos campos quedan muy lejos y hay que andar en mula. ¿No te cansa cabalgar?

—Más bien me gusta—le contesté, y señalándole el Winchester le pregunté—: ¿Para qué llevas esto?

—Cuando me sale al cruce una llama o un jabalí, me agrada ensayar la puntería. En casa te prestaré otro y me darás las gracias, porque te divertirás mucho. Hay bastante caza mayor en esta tierra de indios... A propósito: ¿estudiaste el quichua? ¿Te sirvió mi diccionario?

Yo le contesté al pelo:

—Y tú, ¿estudiaste el latín? ¿Te sirvió mi diccionario?

Me respondió con toda modestia.

—Los diccionarios no sirven para nada. No he abierto el tuyo desde aquella vez... ¿te acuerdas?

—Tampoco yo he leído una línea del que me regalaste—respondí poniendo el pie en el estribo de una magnífica mula negra, muy bien aperada, cuyas riendas un peón me entregó.

El y yo partimos juntos; el peón nos seguía a veinte pasos con mis dos valijas.

Lo que más me gusta del día en las sierras es el atardecer, la hora en que el sol desaparece y las montañas se vuelven azules. ¡Qué paz tan sabrosa la de aquellos lugares casi desiertos! Tierras abruptas, mudos pedregales, caminos de herradura nada más, bosquitos oscuros y amontonados en las gargantas lóbregas, matas floridas en los alcores y arriba de todo, en el frágil cristal de un cielo de cobalto, desconocidas, parpadeantes constelaciones.

Hicimos en tres horas, al paso de nuestras cabalgaduras, la distancia que separaba la estación de la casa paterna de mi duque de Valleumbroso y entonces comprendí que su apellido era realmente una invención de algún antepasado que quiso llamarse de una manera adecuada al sombrío paisaje.

Valleumbroso, desde la muerte de su padre, había acrecentado su hacienda de tal modo, que pasaba por rico.

Para quien limita sus aspiraciones a lo que posee, era ciertamente un hombre de gran fortuna, porque poseía campos extensos, muchas majadas de cabras y de ovejas y buena cantidad de vacas y caballos criollos sin pizca de sangre extranjera, pero fáciles de negociar en las ferias y mercados de la región.

La casa, adonde llegamos saludados por los ladridos de una caterva de perros, era antiquísima y desmesurada, pero me pareció cómoda, a juzgar por lo que pude ver a la luz de varias lámparas de querosén, y animada por la vivacidad de una joven señora muy criolla, muy bonita y muy hacendosa.

Vi también cuatro o cinco o seis chiquillos, que aparecían y desaparecían, sin que pudiera saberse si eran hijos de los patrones o «guachitos» de algunas «chinitas» que espían por el vano de las puertas entornadas.

En suma: holgura, limpieza y abundancia de sirvientas, cosa de antaño.

—Te felicito, Martín—dije a mi amigo cuando me posesioné del cuarto que me destinaban—. Tu familia y tu casa me parecen preciosas.

—Mañana las conocerás mejor. Ahora vamos a la mesa. Me estoy cayendo de hambre y de sueño.

En la mesa, instalada en el centro de un comedor descomunal, en cuyos lejanos rincones se apolotonaban sombras invencibles para la modesta luz de nuestra lámpara colgante, confirmé la impresión de abundancia que reinaba en casa de mi amigo.

A pesar de que no era bachiller ni sabía jota de latín, tenía los riñones bien forrados, lo cual significa que para enriquecerse no es indispensable ser medalla de oro de ninguna parte. ¡Perdónenme los eruditos, si los tengo entre mis lectores!

Dormí esa noche como una marmota en su

quinto sueño. Me despertó el propio Valleumbroso a eso de las nueve, cuando un sol de estío norteño caldeaba las piedras del camino que me había propuesto recorrer en mi mula negra, seguido por dos o tres peones que llevarían mi teodolito, mi cinta de medir y mis muchos palitroques.

—Hoy no podrás hacer nada—me informó—. Un mensajero que mandé a la estación ha vuelto con la mala noticia de que el tren donde te enviaron tus cosas ha descarrilado y no llegará otro hasta el sábado. Como a tres leguas de aquí hay una iglesita, el domingo iremos a misa y solamente el lunes podrás comenzar tu campaña.

—¡Faltan cinco días!—contesté, y agregué rápidamente—: No me desagrada; tendremos tiempo de recorrer los campos de don Diego Buteler antes de empezar a medirlos.

—Iremos los dos—me dijo él, muy complacido de darse aquel paseo—. No soy baquiano de esos lugares porque nunca voy para allá. Mis campos quedan hacia otro rumbo.

Partimos antes de almorzar para ganar tiempo, llevándonos en las alforjas el almuerzo y la cena de ese día y un Winchester a la espalda con una buena provisión de cartuchos destinados a los chanchos del monte o a las llamas que seguramente y por su mal nos saldrían al encuentro. No valía la pena tirar a las palomas ni a las perdices.



Yo montaba la mula negra y él otra de color tostado, lindo animal también, herradas ambas en las patas delanteras, «las manos», como dicen por allí. A las tres horas de andar, a veces al paso, a veces al trotecito por lomas y atajos, nos habíamos internado en las abruptas montañas sin ver ni una llama ni un vulgar jabalí.

Martín me confesó que estaba un poco desorientado y que mejor haríamos en detenernos, almorzar a la sombra de un algarrobo, dar un descanso a las mulas y dormir una siestita.

La montaña impresionaba por su silencio y su soledad. Hasta el viento callaba. En las hondanadas había bosquitos de árboles diversos y hostiles. En los alcores, pelados como si el diluvio universal los hubiera lavado durante mil años, sólo crecían pastos cortos, buenos para criar ovejas. En los cielos, desteñidos por el radiante sol, no se veían más que dos águilas, que daban vueltas y vueltas sobre el mundo, que les parecería pequeño en comparación del infinito azul.

Descendimos de una loma sin senderos y llegamos hasta el comienzo del bosque.

Desensillamos, atamos las mulas con nuestros largos lazos para que pacieran y después de comernos buena porción de los fiambres que llevábamos y de beber una panzuda botella de tintillo, nos echamos a dormir la siesta a la fresca sombra de un fornido palo borracho, lleno de flores.

Fuera el cansancio, fuera el vino, fuera el perfume de la peperina que embalsamaba aquel paraíso, fuera cualquier otra cosa, el hecho es que nos costó despertar y que dormimos mucho más de lo que convenía en aquellas lontananzas, sobre

todo cuando mi compañero me acababa de confesar que estaba un poco desorientado. No acertaba con los campos del finado don Diego Buteler.

—Ensillemos las mulas—me dijo—y volvamos atrás.

—¿De qué mulas me hablas?—le pregunté mostrándole vacío el lugar donde las habíamos atado. Se adivinaba que ellas no se habían dormido, pues una vez que pelaron al rape, con sus filosos dientes, dos grandes redondelas, todo lo que les permitía el lazo, tironeando, tironeando, habían acabado por arrancar el débil churqui que las retenía y se habían ido a buscar pastos mejores o agua para beber.

Por mucho que nos desojamos mirando hacia todos los rumbos, y no era mucho lo que se podía ver entre aquellos revueltos acantilados, no logramos ni columbrar a nuestras ingratas bestias.

—Se han ido con lazo y todo—observé yo—. Puede ser que se enreden en alguna piedra y encontremos por lo menos una, que nos serviría para buscar la otra.

Con esta esperanza abandonamos recados y alforjas y echamos a andar, mirando desesperadamente a los cuatro vientos. En aquella meseta no había caminos y los cascos de los animales no dejaban rastros en el durísimo suelo.

Marchamos al azar, bajando a algunas quebradas que por la frescura de su pastizal podían haber tentado la gula de las dos canallísimas portadoras nuestras.

El sol estaba ya en las últimas y de repente desapareció convertido en un globo rojo, que la tierra se tragó.

—Es inútil fatigarse más—resolvió Martín—. Hoy ya no las encontraremos. Dejémoslo para mañana y vayamos por nuestras alforjas. La caminata nos ha dado hambre... ¿no es cierto?

—¡Mucha hambre!—respondí yo con pesimismo.

Y estuve acertado en pensar lo peor, porque después de andar un par de horas, bajo la cenicienta luz de las estrellas indiferentes, era forzoso confesar que nos habíamos perdido.

Teníamos que renunciar a la ilusión de restaurar fuerzas con algún bocado y unos tragos de vino.

—Dicen que el sueño alimenta—observé filosóficamente mi desdichado duque.

—¡Bueno!—exclamé echándome largo a largo en el suelo—. Voy a ver si engordo un poco.

Lo malo era que con la siesta larguísima, y el hambre y la sed que nos acosaba, no fué fácil conciliar el sueño. Tampoco resultaba blando el colchón, de piedra arenisca, que un martillo habría pulverizado, mas para nuestros míseros cuerpos dura como un diamante, usando la relamida imagen de los clásicos.

En la alta media noche empezamos a dormirnos, cuando apareció sobre el filo del monte la luna más esplendorosa que yo haya visto y chillaron dos lechuzas insomnes, que tenían su nido en alguna vizcachera de por allí.

—¡Si serán las mulas!—exclamé, levantándome de un brinco.

Lo mismo se imaginó Martín, incorporándose. Pasó un cuarto de hora. La luna ascendió un buen trecho, las lechuzas no chillaron más y el mundo pareció un paisaje pintado, sin movimiento ni rumores.

—El sueño es alimento—volvió a decir mi desgraciado Martín, y se tendió en el santo suelo.

—Sigamos engordando—respondíle.

Así pasamos la noche. Con las primeras luces del día, consumidos y macilentos, a pesar de ese método de engorde, que no recomiendo a nadie, empezamos a caminar en busca de las alforjas.

Después de tres o cuatro horas de marcha forzada, Martín dijo modestamente:

—Estoy medio perdido...

Yo le alumbré un pescocón.

—¡Estás perdido del todo, viejo!

Me miró con sus mansísimos ojos de perro y declaró:

—Es verdad.

¡Qué ganas de matarlo tuve! Dominé tan fiero impulso y seguí caminando, seguro de que no llegaríamos nunca a ninguna parte, porque los campos de don Diego Buteler (¿serían esos los famosos campos que nadie había medido?) eran más anchos y largos que las estepas siberianas. Y, sobre todo, más desiertos que el desierto de Sáhara, donde todavía se encuentra algún beduino en su camello o algún león hambriento.

Por algo nunca nadie los había medido.

—¡Tierra de indios!—exclamó mi pobre Martín, que adivinaba mis lúgubres reflexiones.

—¡Tierra de nadie!—le respondí furioso—. Vamos a morir, mi duque de Valleumbroso. Y los caranchos van a comerse nuestros cadáveres.

—¡Y también las águilas!—exclamó resignadamente, mostrándome aquellas dos águilas que rayaban la techumbre celeste.

Conservábamos nuestros Winchesters terciados a bandolera, como los llevan los bandidos de Sierra Morena.

(Pasa a la pág. 77.)



# API Y CHIKAYA

(Viene de la pág. 46.)

—Si encontrásemos un jabalí o una llama, podríamos cobrar una buena pieza y comerla asada—apunté yo.

—O cruda—agregó él, enseñándome el peladar que íbamos cruzando.

No había un árbol, ni siquiera un miserable churqui. Era una meseta vastísima, con crestos de inmensas piedras, enacadas unas sobre otras por algún cataclismo cosmológico.

—Esto parece un paisaje de la luna—dijo Martín, que los había visto con el telescopio del colegio—. ¿Te acuerdas que el profesor de Cosmografía era el padre...?

—¡Transtevere!—concluí yo con maldad—. También nos enseñaba latín..., ¿te acuerdas?

—¡Ya lo creo que me acuerdo!—contestóme el pobre Martín, envolviéndome en aquella mirada que nunca olvidaré.

—Si nos sentásemos un poco...—propuse, casi entumido de cansancio.

Y sin esperar su respuesta me senté, más bien me arrojé al suelo.

El hizo lo mismo, diciendo, a manera de explicación:

—Como no tardaremos en morirnos, más vale estar acostados. Así, el porrazo, cuando nos desplomemos, será menos doloroso.

Se echó a mi lado y comenzó a resoplar. Me pareció que entraba en agonía y me dispuse a ayudarlo a bien morir, pero se levantó de un salto, exclamando con voz sorda:

—¡Una llama!

En efecto, por arriba de un mogotillo, como a cien pasos, surgió la figurita elegante de una llama, plantada en sus frágiles patas, olfateando el viento. Miró hacia donde nosotros estábamos, nos divisó seguramente e hizo ademán de huir, pero mi duque no le dió tiempo y con su Winchester infalible le pegó un tiro en la cabeza.

El pobre animal cayó redondo y los dos corrimos a posesionarnos de él, aunque no sabíamos qué provecho le sacaríamos.

Pues sí, señor, degollamos cruelmente a la pobre llama, y cuando la sangre espumosa brotó roja y tibia, Martín y yo la bebimos, aplicando los labios alternativamente al impetuoso caño abierto en la garganta palpitante.

¡Qué porquería me parece ahora que lo escribo, pero qué deleite fué para nosotros y cómo calmó nuestra horrible sed! Tenía gusto a leche a medio calentar.

Dicen que una llama tiene dos litros de sangre. Puede ser. En aquella ocasión bastó para inflarnos y devolvernos la vida.

Descansamos un rato junto a los sangrientos despojos de nuestra desventurada víctima.

Martín dijo, ensayando una sonrisa, que en su cara, manchada de sangre, fué una mueca de pasaje:

—Barriga llena, corazón contento. Si tuviéramos leña podríamos asar el costillar de esta llama y nos lo comeríamos.

—Yo no probaría un bocado—le respondí con rencor—. No hemos hecho más que prolongar nuestra agonía. Prefiero terminar de una vez.

Me tumbé de nuevo; pero él, con la energía de un hombre, no diré bien comido, sino bien bebido, me obligó a levantarme.

—Cobunco, vamos a reanudar el camino. Tengo la seguridad de que al anochecer llegaremos a alguna población.

Me levanté trastabillando y lo seguí, sintiendo de nuevo ganas de matarlo, porque él era el culpable de aquella tragedia.

Como era un poco brujo, adivinó mis horribles cavilaciones y me dijo, volviendo apenas la cabeza:

—¿No es cierto que si tuvieras aquellas dos pistolas que San Pablo les pidió a los príncipes de los sacerdotes, cuando fué a Damasco, me pegarías un tiro en la nuca? ¡Epístolas, pistolas!

Le respondí enfurruñado:

—¿Y no es verdad que te lo mereces?

No contestó nada y seguimos andando una, dos, tres, cuatro horas o más...

Había entrado la noche, y según íbamos saliendo de un negro túnel, donde no se veían ni las manos, divisamos la mejor de las estrellas, la lucécita de un rancho.

—¡Tierra, tierra!—exclamé yo, repitiendo el famoso grito del marinero Triana, quien primero descubrió la costa americana desde la proa de su carabela.

—¡Estamos salvados!—aseguró Martín.

Se volvió a mí y nos dimos un abrazo y echamos a correr todo lo que nos daban las doloridas piernas.

Poco después llegábamos al rancho y divisamos en la oscuridad la silueta de una mujer vejancona, que espantó a rebencazos dos o tres cuzcos ladrones, que nos quisieron morder, y nos invitó a entrar en su morada, más desnuda y lóbrega que una vizcachera.

Por mi parte, no entendí palabra de lo que dijo en quichua, pero allí estaba aquel lingüista que lo hablaba mejor que un inca.

—Dice que entremos.

—Bueno, ya estamos adentro—respondí yo, y dirigiéndome a ella le pedí agua y ella comprendió el significado de mi gesto.

Alumbrándose con una vela bañada, de sebo, naturalmente, fué hasta el fondo del rancho y la oímos chapalear en un cántaro de agua y volver al punto con un porongo lleno de agua.

Yo, que me sacié el primero, sentí, como el asno de Buridán, que había tenido tanta sed como hambre y que ahora tenía solamente hambre, un hambre de perro de la Patagonia, y mientras Martín se bebía lo que restaba en el porongo, me dirigí a la buena mujer, que nos estaba contemplando, y le pregunté:

—¿No tiene algo de comer? ¡Nos morimos de hambre! ¿Tiene algo?

Por el gesto, volvió a entenderme y me respondió en quichua con hospitalaria humildad:

—¡Api y chikaya!

—¡Ah!—exclamé muy ufano de no necesitar del todo a mi intérprete, que ya iba ultimando el porongo—. ¿Sabes, Martín, que esta linda moza tiene *api* y *chikaya*?

—Algo es algo—respondió él, y antes que intentara traducírmelo, le hice una propuesta:

—Yo sé que *api* es *mazamorra*, y a mí no me gusta.

—A mí me gusta mucho—respondió.

—Bueno; tú te comes todo el *api* y me dejas a mí toda la *chikaya*.

—¡Y bueno!—contestó él con una sonrisa digna del malvado Senaquerib—. Te dejo la *chikaya*. Tampoco yo sé lo que es.

—¿Has visto que no sabes tanto quichua como dices?

—Así parece—contestóme con otra risita maliciosa.

Y yo, con cara de miel, dije a la linda moza, que no era ni lo uno ni lo otro:

—Tráiganos *api* y *chikaya*.

Ella se sumergió en las sombras, y parecióme que andaba rebuscando en una alacena y volvió con una ollita de barro que contenía una escasa ración de mazamorra. Me la entregó, y a la vez una cuchara de latón, y yo, con abnegación, en virtud del convenio que acababa de celebrar, lo pasé todo a Martín. Mi estómago protestaba, pero me imaginé que lo iba a compensar con la *chikaya*, aquel manjar indio, que bien podía ser una pierna de cordero, o unos tamales suculentos, o cualquier sabroso amasijo.

Martín se entregó a la tarea de devorar lo suyo con sospechosa precipitación, mientras la buena mujer le alumbraba la ollita con su vela para que no perdiese bocado.

Imaginándome que en aquel pobrísimo rancho no hubiese más que una ollita y una cuchara y que la mujer esperaba que mi amigo la desocupase, y sintiéndome capaz de comer cualquier cosa

con los dedos, como los antiguos, antes de la invención del tenedor, alcé mi agonizante voz:

—¡Señora! ¿Y mi *chikaya*?

Ella volvió hacia mí su inmóvil rostro de india vieja, y levantando las manos, como quien va a poner los brazos en cruz, me respondió desconsoladamente:

—¡*Chikaya, chikaya!*

¿Qué infernal comida era aquella, que no acababa de aparecer?

Martín, con la felicidad de un hombre saciado, engullía las últimas cucharadas de *api*. Cuando las terminó le ordenó perentoriamente:

—¡Dame la ollita y la cuchara!

Me entregó ambos utensilios y yo me precipité a devolverse los a la misteriosa dama, y le dije, ansioso:

—¡Por Dios, señora, tráigame la *chikaya*!

Ella, que había pegado en la pared el puchito de vela con que nos alumbrábamos, para tener libres las manos, volvió a alzarlas, como quien se pone en cruz, y musitó apenas:

—¡*Chikaya, chikaya!*

Una horrible sospecha me iluminó:

—¡Martín, Martín!, ¿qué quiere decir *chikaya*?

El maldito zorro, grande de España, duque de Valleumbroso y ya no sé cuántos otros títulos le había endilgado yo, me respondió, con la misma voz que usé en los tiempos de Senaquerib, cuando le di el fatídico consejo:

—¡Consulta el diccionario!

Era lo mejor que podía hacer, pues tenía en el bolsillo el viejo cuaderno con que él me obsequió, traído en previsión de aquellos trances. Lo hojeé a la fementida luz de la vela, oyendo a nuestra dama, que repetía melancólicamente:

—¡*Chikaya, chikaya!*

¡Ira de Dios! La maldita palabra estaba, efectivamente, puesta con la mejor caligrafía del malvado Senaquerib (desde esa noche yo no lo llamé con otro nombre), y junto a la palabra, como en todo honesto diccionario bilingüe, la explicación: «*Chikaya*: expresión adverbial, que significa *nada más*.»

¡El se había comido *mi* mazamorra y yo tenía que contentarme con una expresión adverbial!

Mis piernas se negaron a soportarme y me desplomé con el diccionario en una mano y la ollita vacía, absolutamente vacía, en la otra.

La mujer se trajo otro porongo con agua, para mojarme las sienes, y yo se lo arrebaté y se lo eché en el rostro a Senaquerib, que se reía como ríen los que no tienen hambre. Todavía me dijo:

—¡*Peditum, peditum!* ¡Consulta el diccionario!

¡Ya ves, Cobunco, para lo que sirven los diccionarios!

Sin ánimos de levantarme ni ganas de contestar, me quedé tendido en el suelo y a las cansadas logré dormirme.

Me despertaron los ladridos de los perros. Ya el sol del nuevo día estaba alto. Me incorporé a duras penas y salí del rancho.

Afuera encontré a su dueña, un poco menos vieja y mejor aderezada que en la tarde anterior, y a Senaquerib, que miraban llegar al marido de aquella, un criollo de buena laya, que, montado en su regia mula, traía otra del cabestro, cargada con unas árganas, en que venían toda clase de vitallas.

Se encendió fuego entre unas piedras contra la pared del rancho, se puso en el asador un buen costillar de vaca, se cortó en tajadas un soberbio pan casero, se destapó una botella de vino, se calentó una pava para tomar mate con tortas y comimos y bebimos como reyes.

Supe que don Atanasio era uno de los puesteros cuidadores de los campos de don Diego Buteler.

De tiempo en tiempo dejaba su rancho y se iba a la aldea vecina, o «al pueblo», como allí decían, a proveerse de víveres, y, según se divertía, quedábase dos o tres días, o una semana, sin acordarse de su vieja, obligada a vivir del aire. Cuando él regresaba, ella se reponía de sus ayunos y jamás se quejaba.

Ese mismo día, en las mulas de don Atanasio, que nos acompañó buen trecho montado en un burro color ratón y nos colocó en el verdadero rumbo, «pegamos» la vuelta para las casas.

HUGO WAST

